

«CARACOL» por *Vicente Parrini Ortiz*.—Ediciones Anteo. Santiago, 1949.

Después de «Había una vez» e «Infancia robada», cuentos infantiles, Vicente Parrini Ortiz, continuando en su huella literaria, nos ofrece ahora «Caracol», poemas para la gente menuda, en el que reúne un manojito de poesías de temas y características para la infancia, pero que, sin embargo, pueden ser leídos por los hombres que aún conservan un pedazo de su niñez oculto en su alma, con la delectación que produce toda obra bien lograda.

Vicente Parrini Ortiz, dueño de un temperamento sensible y de un agudo espíritu de observación de la psicología infantil, poeta de indiscutibles méritos, suma a sus condiciones de creador de belleza su condición de maestro, que le permite auscultar de cerca el mundo de sueños y realidades de la gente menuda, como designa a los niños, a los cuales dedica sus poemas.

Claridad, sencillez y belleza de expresión son las principales características de los poemas de «Caracol», donde el niño, conducido por la invisible y metafórica mano del poeta, penetra a un mundo de múltiples esferas, donde la botánica, la zoología y los elementos están representados por pequeños poemas de síntesis interpretativa. «Idioma del agua», «Cielo y estrella», «La ola», «Verde y azul» y «Prisionero» pertenecen a esa categoría.

«Idioma del agua» tiene hallazgos de indiscutible belleza, donde el niño puede beber, como en un cántaro de agua pura, sorbo a sorbo, la delicada y líquida sensación del elemento. «Fuente pura soy—tengo mi pecho de cristal— una enagua de azucenas—y una orquesta musical». Parrini sabe decir las cosas sabia y bellamente, al alcance de la mentalidad infantil que aún no ha sido mistificada y que puede recibir los dones de la belleza como la tierra acoge la semilla arrojada por la mano del sembrador.

El universo del niño está hecho de sueños, fantasías e incursiones oníricas hacia mundos que apenas puede entrever o imaginar en su estado de nebulosa en formación. Además, tiene la prodigiosa y lejana facultad de dar vida a seres inanimados, de asignarles cualidades y defectos, de hacerlos reír y llorar en un mundo inédito y único en el que desempeñan el papel de pequeños dioses creadores. Por eso, nos explicamos bien cuando el autor dice en «Felipa»: «Yo no creo que Felipa,—tenga el pecho de aserrín», al referirse una pequeña a su muñeca.

Por eso, para penetrar a ese mundo inédito del niño hay que hacerlo descalzo, limpio de cuerpo y de alma, como quien oficia un laico sacerdocio. Vicente Parrini Ortiz así lo ha comprendido, y ha podido ofrecernos, como feliz resultado de su inquietud poética, el melodioso y poético «Caracol» que comentamos someramente en estas líneas.—GONZALO DRAGO.



«HACIA LA VIDA SUPERIOR» por *Amaranto A. Abeledo*.—Buenos Aires, 1949.

Esta es una admirable Antología de trozos muy bien escogidos e inspirados en un afán de elevación espiritual como ya el título lo da a entender. Se agrupan bajo los siguientes interesantísimos rubros: I. El hombre ante la naturaleza.—II. El mundo trascendente.—III. La significación de la vida. El hombre ante ella.—IV. Los valores de la personalidad.—V. El hombre social.

Naturalmente, la buena selección de los trozos de esta Antología se halla garantizada desde luego por la eminente calidad de los autores presentados por el señor Abeledo. A ella se agrega en seguida el acierto con que ha escogido algunas de sus mejores páginas. Entre esos autores figuran: Juan Bautista Alberdi, Dante, Almafuerce, Rafael Altamira, Agustín Alvarez, Ed-